

narquía española, ya no lo veían posible. En 1820, cuando la provincia había regresado a la jurisdicción de Quito, se enteraron del restablecimiento de la Constitución. Posiblemente realizaron nuevas elecciones, aunque no ha encontrado la documentación. Presionados por el sur y el norte, los dirigentes tomaron en octubre y noviembre de 1820 acciones "para proteger la autonomía del reino de Quito", declarando la independencia como un primer paso hacia el establecimiento del Estado de Quito. La incapacidad de decidir la situación de las sierras con sus propias fuerzas y la negativa de Quito a aceptar la formación de un Estado independiente obligó a pedir ayuda externa.

El capítulo final, titulado "La independencia", está dedicado al estudio de las características del régimen bolivariano establecido en Cúcuta y descalificado en la comparación con la Constitución de Cádiz. Desde la visión autonomista, Rodríguez desmitifica a Bolívar, censura su militarismo anticivilista y destruye el "procerato". Sostiene que Bolívar no se sintió identificado con el antiguo reino de Quito. Sin embargo, el Libertador fue percibido, por los órganos de gobierno serranos, como un protector, más cercano y sensible a los reclamos del sur que el hostil y lejano Congreso grancolombino, al tiempo que el culto bolivariano encarnó con mayor fuerza en el reino que en las demás regiones andinas. No sabemos si el "patriotismo criollo" hubiera sido capaz de contener al "republicanismo clásico", en la terminología de Brading,² aunque se hubiera con-

formado el Estado independiente de Quito. Pero no es ocioso calibrarlo a la manera como lo hace Rodríguez en esta investigación, inscrita en el ámbito de la nueva historia política, desde las preocupaciones autonómicas de un presente que cuestiona y exige reconceptualizar el origen de nuestros desdibujados Estados-naciones. El estudio culmina con un anexo documental que contiene los "Planes de elecciones de diputados en Cortes y de provincia para 1813 y 1820", así como la "Lista de los electores y regidores elegidos patrocinada por el jefe político superior don Toribio Montes". La documentada, bien estructurada, renovadora, e intelectualmente estimulante obra de Jaime Rodríguez es una avanzada, de lectura imprescindible, en el torrente historiográfico que, previsiblemente, generará la conmemoración del bicentenario.

Ana Buriano C.
INSTITUTO MORA

Mary Kay Vaughan y Stephen E. Lewis, *The Virgin and The Eagle. Nation and Cultural Revolution in Mexico, 1920-1940*, Duke University Press, Durham y Londres, 2006.

La temática del nacionalismo cultural ha sido una de las principales en la narrativa histórica mexicana. No es reciente el interés que acerca de la cuestión han mostrado intelectuales de otras latitudes. El libro colectivo que a continuación reseñamos se inserta dentro de esta vertiente historiográfica. La edición del texto, a cargo de los historiadores Mary Kay Vaughan y Stephen E. Lewis, es un coloquio por escrito entre historiadores, latinoamericana-

² David Brading, *Classical Republicanism and Cróle Patriotism: Simon Bolívar (1783-1830), and the Spanish American Revolution*, Center of Latin American Studies, Cambridge, 1983.

nistas, antropólogos, historiadores del arte y críticos de arte. La obra pretende mostrar un mosaico de los temas relativos al nacionalismo cultural mexicano; algunos de los cuales son casi canónicos y no dejan de incitar nuevos enfoques. Además, los editores prometen en la introducción la posibilidad de ir dejando a un lado conceptos como el de “mestizaje” y “asimilación cultural”, para entender la materia desde la perspectiva de las “culturas híbridas”.

Esta obra agrupa 18 ensayos, distribuidos en cuatro partes, donde cada uno de dichos fragmentos es presentado como un universo temático cerrado y a la par enlazado a los demás. En ellos se exploran distintos ámbitos conceptuales: la identidad nacional y su simbología, la memoria nacional y sus narraciones acerca del pasado, y la visión utópica del Estado. Todo ello englobado bajo la noción de “revolución cultural” que se anuncia desde el título y si acaso es un concepto para debatir. Así, la obra queda integrada por una estructura narrativa de círculos concatenados que van mostrando una variedad de temas, viejos y nuevos.

La primera parte, que lleva por título “La estética de la construcción nacional”, la inaugura el texto del investigador Rick A. López, con un análisis acerca del simbolismo en la relación indianidad-mexicanidad en la plástica. El autor se enfoca en la Exposición de Arte Popular, organizada por el “Dr. Atl”, Roberto Montenegro, Jorge Enciso y otros, en 1921, así como la puesta en escena del mismo año, *La noche mexicana*, cuyo montaje estuvo a cargo de Adolfo Best Maugard. López argumenta que ambas representaciones dejan ver hasta qué punto la definición de la cultura nacional mexicana, “con base en lo étnico

o lo indígena”, devino de un movimiento encabezado por los intelectuales nacionalistas cosmopolitas y no de la experiencia histórica. Según el autor, esto contribuyó a la emergencia de una forma de pensar al *ser* mexicano y para hacerlo esta generación de artistas volteó a ver las representaciones del exotismo elaboradas en los círculos artísticos europeos. Por su parte, el especialista en el muralismo mexicano Desmond Rochfort, señala que durante los años 1920 los artistas plásticos, en particular los muralistas, fueron personajes tan destacados como los políticos. Rochfort propone, coincidiendo así con otros expertos, que estos personajes proveyeron a la población de un vocabulario visual y de una forma de narrar a la nación en imágenes públicas. El ensayo se enfoca en el desarrollo de la obra de Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, de 1922 a 1940. Concluye que habría que entender al muralismo como una especie de exploración de la modernidad mexicana.

En un coro a tres voces, las historiadoras del arte Sarah M. Lowe y Adriana Zavala, y el curador independiente, crítico de arte y profesor de arte latinoamericano, James Oles, examinan la presencia de las artistas Frida Kahlo, María Izquierdo y las hermanas Marion y Grace Greenwood, respectivamente, en el contexto general del nacionalismo cultural en México. Lowe nos ofrece un sugerente artículo acerca de la obra de Frida Kahlo en contrapunto con los postulados de los surrealistas. A decir de la autora, mientras que los surrealistas evocaban “realidades extraordinarias” extrañas de “lo exótico, lo erótico y lo inconsciente”, para Kahlo estas “realidades extraordinarias formaban parte de su pre-

sente". Repara en el hecho de que en México sólo se hiciera una exhibición de la pintura de Kahlo, organizada por Lola Álvarez Bravo, en 1953. Por otro lado, Adriana Zavala trata el caso de María Izquierdo como una más de aquellos intelectuales y artistas que se vieron marginados por quienes consideraron sí tener un verdadero compromiso artístico con la nación. Describe el reconocimiento que los Contemporáneos hicieron del talento de Izquierdo. Zavala nos dice que la relevancia de la artista estriba en la "alianza que hizo con los grupos disidentes de la cultura revolucionaria". James Oles describe la inserción en la escena del muralismo mexicano de las hermanas Marion y Grace Greenwood. En su ensayo, Oles reflexiona acerca de la influencia de promotores, curadores, críticos y artistas de Estados Unidos en el ámbito cultural mexicano a partir de los años 1920. Realiza un análisis de los murales de las hermanas Greenwood en Taxco, en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y en el actual Mercado Abelardo L. Rodríguez. El autor narra de manera breve y aguda las fases por las que atravesó el aprendizaje técnico de las artistas y su aplicación en los proyectos de la administración Roosevelt, en los que participaron a su regreso a Estados Unidos. Señala que esto ejemplifica una época en la que el arte mexicano influyó en el estadounidense de manera explícita.

La primera parte de la obra incluye también el artículo escrito por Marco Velázquez y Mary Kay Vaughan acerca del nacionalismo musical y su discurso del mestizaje en México. Velázquez y Vaughan subrayan que en los años veinte y treinta la música unificó a una nación dividida por la revolución. Señalan también

que tanto la música clásica como la popular exploraron el discurso de la homogeneidad nacional, mismo que las vinculó de manera estrecha sin destruir los códigos de identidad locales y regionales. Por último, el texto de la historiadora Patricia Elizabeth Olsen se enfoca en la nomenclatura de las calles de la ciudad de México y sus cambios para hablar de las maneras en que el revisionismo de la memoria pública se manifestó. Olsen hace referencia a los esfuerzos que se llevaron a cabo por ordenar el "caótico centro histórico", desde los últimos años del porfiriato. La autora entiende a las "calles" de la metrópoli como una parte de la fábrica ideológica del México revolucionario.

La segunda parte del libro, titulada "Los proyectos utópicos del Estado", inicia con el capítulo escrito por Adrian A. Bantjes, quien profundiza en la relación entre la religiosidad popular y el Estado revolucionario, mismo que pretendió acotarla. Según Bantjes, el Estado posrevolucionario no consiguió destruir la dinámica de la religiosidad local, aunque al intentarlo consiguió penetrar en las comunidades con su propia doctrina. El magnífico ensayo de Mary Kay Vaughan, acerca de las escuelas rurales mexicanas en los años 1930, examina los procesos internos del ámbito rural, personaje central en el proceso de la formación del Estado posrevolucionario. Estudia los casos de Tecamachalco en Puebla y San José de Gracia en Michoacán. Vaughan señala que a pesar de la imposición centralista del Estado, las comunidades rurales respondieron de diferentes maneras al programa propuesto por la SEP. La autora atribuye estas respuestas, traducidas en negociación, a que las nociones de identidad de las poblacio-

nes tenían un arraigado sentido de “lo local”. Por su parte, Stephen E. Lewis aborda en su artículo el denominado “problema indígena”, de 1920 a 1940. Lewis reflexiona acerca del fracaso de la educación indígena posrevolucionaria. Ejemplifica el argumento con la creación de La Casa del Estudiante Indígena, en 1926; los programas de educación indígena de la SEP y la fundación del INI, en 1948. El autor concluye con la muy actual reflexión acerca de México como nación pluriétnica. Otro ensayo, el de la latinoamericanista Catherine E. Bliss, trata de manera interesante la problemática de las ideas de higiene social en México, entre 1917 y 1940. Bliss analiza las políticas culturales en torno a la higiene social. Destaca cómo las ideas de género, progreso y responsabilidad individual y colectiva del bienestar social, moldearon e implicaron un reto para la agenda reformista. A partir de las líneas planteadas en aquellos años por el desarrollismo, el anticlericalismo y la eugenesia, el ensayo se enfoca en la discusión de programas nacionales diseñados para prevenir el contagio de diversas enfermedades. La autora destaca además los esfuerzos del Estado por regular los intereses privados y así promover la salud de la nación.

La tercera parte, “Los medios de comunicación y la construcción de la nación”, principia con el artículo de la historiadora y latinoamericanista Wendy Waters, quien describe la relación que existió entre la construcción de las carreteras y la mexicanidad. Según Waters, los beneficios que se obtuvieron con las carreteras, a partir de la mejora en el transporte de productos, gente e ideas, contribuyó a que tanto individuos como comunidades incorporaran a su vida cotidiana nuevas nociones de “lo mexicano”. Por otro lado, Joy Elizabeth

Hayes estudia el uso que el Estado hizo de la radio para promover sus programas políticos y sociales. Hace referencia al proyecto de radio de la SEP, el cual implicó una gran inversión del gobierno, económica e ideológica, para construir los consensos de la identidad nacional. También habla de la historia de la XFX para ejemplificar el papel que las empresas comerciales desempeñaron en México, en los años 1930; la forma como contribuyeron a la expansión de la industria y, por supuesto, cómo esto hizo que se multiplicaran sus ganancias. La radio, señala la autora, sirvió para comunicar a las comunidades y promover la idea de una cultura nacional homogénea. El artículo de Joanne Hershfield aborda la producción cinematográfica en México y su participación en la campaña nacionalista, de 1930 a 1955. Hershfield aprecia en ello un proceso que pretendió unificar a la población al moldear un sentimiento nacional. Al hacerlo comparte la perspectiva de estudiosos del cine en México como Aurelio de los Reyes y Carlos Monsiváis, a quienes cita.

La cuarta y última parte, intitulada “Las construcciones sociales de la nación”, comienza con el ensayo de Jean Meyer acerca de la idea de nación que tuvieron los católicos durante la revolución, hasta la formalización del sinarquismo como agrupación política, en 1937; tema del que es especialista. El ensayo hace énfasis en la diversidad de la Iglesia católica en México y algunas de las formas en que la jerarquía y sus bases sociales respondieron ante el anticlericalismo y el ateísmo revolucionario. Meyer ofrece así una delicada reflexión de las contradicciones entre la Iglesia y el Estado, y la reacción del mismo “ante un movimiento popular no previsto, inesperado, sin precedentes y desorgani-

zado". María Teresa Fernández Aceves, por su parte, realiza un brillante análisis, muy bien escrito, acerca de la participación de algunas mujeres de Guadalajara en la construcción de la identidad nacional. La autora descubre la historia de vida de Guadalupe Martínez, una mujer de la clase media liberal que fue maestra y líder del Círculo Feminista de Occidente en los años 1920 a 1930, organizó la rama feminista de la CTM y del PRI. También analiza la historia de vida de Julia Fernández, hija de una familia acomodada que perdió gran parte de su riqueza durante la revolución. La autora la describe como una activista católica que defendió la libertad religiosa, en los años 1930, formando una escuela católica para niñas. En estas historias de vida, Fernández Aceves encuentra expresiones de patriotismo y una ciudad dividida, a pesar de los discursos unificadores. A su vez, reflexiona acerca de cómo la secularización politizó a las mujeres, quienes desempeñaron nuevos papeles en la burocracia estatal y en el movimiento obrero. Un penúltimo ensayo es el de Michael Snodgrass, acerca del movimiento obrero en Monterrey, Nuevo León. El autor analiza los "lenguajes" patrióticos en las fábricas mexicanas y los sindicatos. Describe cómo los obreros mexicanos —petroleros, mineros, ferrocarrileros y de la industria metalúrgica— evocaron un patriotismo conservador y capitalizaron la política local para organizar poderosos sindicatos.

El libro cierra con la interesante reflexión final de Claudio Lomnitz, quien elabora una reseña crítica de todos los artículos presentados en este coloquio por escrito, ayudado por las herramientas de la semiótica. Lomnitz señala que la mexicana fue una revolución caracterizada por la in-

consistencia ideológica y el pragmatismo político. Esta postura le permite elaborar una concisa diatriba al enfoque planteado por Alan Knight, acerca de la dicotomía entre las interpretaciones tradicionales —o neotradicionales— y revisionistas. El autor del "epílogo" considera que los trabajos presentados en este texto "subvierten" dicho binomio.

Aunque habría que discutir hasta qué punto se abandonan los esquemas de conceptos como "mestizaje" y "asimilación cultural", como se nos promete en la introducción, así como el tratamiento de la idea de "memoria" y el concepto de "revolución cultural" que construyen los autores, sin duda la obra es una aportación a la historia del nacionalismo cultural en México y debe de ser revisada por los especialistas mexicanos.

Gabriela Pulido
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS-INAH

Friedrich Katz, *Nuevos ensayos mexicanos*, trad. de Paloma Villegas y Amalia Torreblanca, Era, México, 2006, 473 pp. (Biblioteca Era).

BITÁCORA DE UN CLÍONAUTA

Los usos a los que se destina un libro pueden ser igualmente proporcionales al número de lectores que lo consultan, de suerte que dichos usos podrían ser objeto de estudio en sí mismos. Aunque es difícil saber lo que cada persona busca cuando sostiene un libro en sus manos, lo que resulta claro es que quienes se acercan a los trece ensayos incluidos en la publica-